

# **Novela Histórica: "El Nuevo Mundo"**

Nacho Vizcaíno Calderón 3ºB

Y entonces, sucedió lo inevitable. Como si de la misma lluvia se tratase, una oleada de saetas se cernió sobre nosotros. Tan solo el ruido de las flechas al cortar el aire habría espantado incluso al más valiente de los guerreros. Pero... no, eso no podía ocurrir. Era nuestra tierra, nuestro lugar, nuestra vida. No podía desaparecer así como así, o por lo menos no en ese momento. Era todo lo que teníamos, donde se encontraban todas nuestras pertenencias, era como una parte de nosotros.

*Aunque, mucho antes de que todo esto sucediera, se encuentra el por qué de esta situación, pero... empecemos por el principio, el principio de todo.*

*Una mañana cualquiera, como era de costumbre para los taínos, un joven llamado Domanicarey, o simplemente Many, como le gustaba que le llamasen, se adentró, como cada día, en el montañoso interior de la isla en busca de cualquier pequeño roedor que él y su familia pudieran llevarse a la boca. Tanto él como su familia residían en un pequeño poblado taíno al que sus gentes llamaban "El Guaranico". Este pequeño poblado apenas tendría más de 50 personas viviendo en él, pero este albergaba, aunque desconocidos para los taínos, unos yacimientos de oro, que les serán fundamentales en un futuro no muy lejano.*

*Volviendo a lo anterior, el joven Many se vio recompensado por su esfuerzo habiendo podido encontrar unas cuantas batatas salvajes que crecían en el interior de la jungla. El joven, satisfecho con su hallazgo emprendió el viaje de vuelta a su poblado.*

-¡Madre, buenas noticias! Encontré unas cuantas batatas en el interior de la isla.-

Mi madre no me dijo nada, pues estaba ocupada fabricando unas nuevas hamacas para mí y mis hermanos, que ya era hora, puesto que llevábamos utilizando las mismas desde que tengo uso de memoria. La cuestión es que, ni siquiera con mirarme, la sonrisa que puso me transmitió un mensaje de "muy bien hijo, estoy orgullosa de ti".

Como me aburría un poco, y no tenía ninguna obligación por cumplir, decidí ir a buscar a mis amigos para jugar una partida de batú.

Unos días después, llegó a nuestros oídos que un barco desconocido se dirigía hacia nuestras costas. En seguida pensé que se trataban de los odiosos caribes que venían de nuevo a saquear nuestras tierras, aunque, unas cuantas horas después, me di cuenta de que no podían ser ellos, debido a las colosales dimensiones del navío.

-Si no son los caribes, ¿quiénes podrán ser?- pregunté en voz alta.

-No lo sé, pero sean quienes sean no me inspiran confianza ninguna- respondió en un tono severo mi madre.

Sí, lo reconozco, aquella noche no pude dormir, pensando que, en cualquier momento, ese monstruoso y siniestro barco podría desembarcar en nuestras costas. Aunque no solo ese era el motivo de mi insomnio ocasional, lo que de verdad me aterraba eran las gentes que se encuentran en su interior. ¿Quiénes serían? ¿A qué vendrían a nuestras tierras? ¿Qué querían de nosotros? ¿Qué nos harían cuando se encontraran con nosotros? Eran tantas preguntas las que rondaban en mi cabeza y tan pocas respuestas...

Cansado de dar vueltas en mi recién estrenada hamaca, salí a dar un paseo nocturno.

-Quizás eso me ayude- pensé.

Me levante, me vestí, y salí de mi choza. Al salir contemplé la silueta del barco acercándose casa vez más a nosotros, a la luz de la luna. Era más terrorífico de lo que pensaba.

Como no quería contemplar más ese paisaje, decidí adentrarme un poco hacia el interior de la isla. Después de estar un rato dando vueltas, me entró sueño y decidí volver.

A la mañana siguiente me desperté con el ruido de: “¡Vienen cayucos a la orilla!”

-Genial... lo que nos faltaba- dije para mí mismo.

Salté de la hamaca y me vestí lo más rápido que pude. Cuando llegué a la orilla de la playa vi unas 30 embarcaciones dirigiéndose hacia donde estábamos. Eran muy extrañas, parecían un tipo de cayucos, ¡pero eran enormes!

Según se iban acercando se podían vislumbrar las siluetas de sus tripulantes en la lejanía. Al menos habría unas 15 personas a bordo de cada embarcación.

Mientras que unos observaban el suceso, boquiabiertos, desde la orilla, sin saber bien qué hacer, otros no hacían nada más que dar vueltas en círculo con las manos en la cabeza, aterrorizados y gritando “¡Todos vamos a morir, todos vamos a morir!”

Cuándo se acercaron más aún, se podían observar sus rostros, que, para nuestro asombro eran pálidos, y, en una de sus embarcaciones, se podía ver que había unos animales enormes, por lo menos del doble de nuestro tamaño, que tenían cuatro patas, la cabeza alargada y pelo en su enorme cuello y cola.

Esto fue ya el colmo de todos los colmos, y nos aterrorizó tanto que salimos despavoridos a escondernos en nuestras chozas.

Acto seguido, oímos cómo los grandes cayucos tocaban tierra, así como se oían las pisadas de aquellos desconocidos en nuestro poblado.

A pesar del miedo nos pudo la curiosidad, y pasado un rato, los más curiosos nos asomamos abriendo un poco la puerta. Ante nosotros habría como unos 400 hombres mirándonos, asombrados, y hablando en un idioma rarísimo que, por lo menos yo no había oído nunca.

Aunque la comunicación fuese escasa, puesto que hablábamos lenguas diferentes, por un poco de maña, gestos e intuición éramos capaces de comunicarlos.

Como no veíamos que eran una amenaza, decidimos darles, además de un lugar en nuestro humilde poblado, un sitio en nuestra sociedad, pero nos equivocamos...

Al principio todo iba bien; nosotros queríamos aprender cosas de ellos, puesto que habían realizado varias mejoras en nuestro poblado y traído alguna que otra cosa, como un “cercado”, como aquellos visitantes lo llamaban. En mi vida se me habría ocurrido un invento tan útil. Consistía en poner varios troncos en vertical sobre la arena, y luego, añadir otros en horizontal para evitar que lo que estuviera dentro pudiera escapar.

En cuanto a lo que estaba dentro del cercado, era una de las criaturas que más miedo me inspiraba. De hecho, durante varios días dormí fatal por culpa de pesadillas con aquel monstruo. Se trata de un “caballo” como los indígenas decían. No se parecía a nada que hubiese visto nunca, pero eran bastante útiles, ya que facilitaban el desplazamiento a las personas.

Pasado un tiempo, se percataron de que el chamán, el líder de nuestro poblado y sus sabios llevaban encima una lámina llamada guanín. Cuando les explicamos que este objeto se hacía con caona u “oro” como ellos lo llamaban, se les pusieron los ojos como pelotas de batú. Nosotros no entendíamos porque, pero nos exigieron que les llevásemos donde lo extraíamos. Luego nos pidieron que les diésemos un poco de caona, y ante la negativa del chamán al explicar, ser este metal, un elemento sagrado, que solo podía ser utilizado por ellos mismos, los extranjeros encolerizaron, y nos vimos sometidos

Las patadas sucedían a los puñetazos, los empujones a los cabezazos. Parecía que aquella pequeña trifulca estaba muy igualada, por lo que, por miedo a que aquellos insanos extranjeros me hicieran nada, me mantuve al margen. Acto seguido llegaron refuerzos extranjeros montados en esos extraños animales y sosteniendo en alto lanzas. Avisé a los allí presentes de mi tribu:

-¡Vienen a por nosotros!-

Acto seguido, todos dejaron de pelear y huimos corriendo hacia el interior de la isla. Era evidente que si nos quedábamos allí parados, las cosas no acabarían saliendo demasiado bien. Aunque nuestro intento de dispersión no había salido demasiado bien. De 20 allí presentes, 15

habíamos sido capturados en menos tiempo de lo que tarda un roedor en huir de ti, otros 3, al intentar huir de los extraños, y estos últimos al intentar capturarlos, habían muerto aplastados por aquellos monstruos.

-¡Malditas criaturas odiosas!- pensé para mí.

De los otros dos aunque no sabíamos exactamente lo que ocurrió, sabemos que consiguieron escapar para buscar ayuda de las tribus cercanas.

Así pues todos quedamos retenidos en nuestras modestas chabolas bajo la voluntad de aquellos extraños desconocidos, que hacía apenas un mes habían aparecido.

Por lo que pudimos saber tras el regreso de nuestros dos compañeros, los extranjeros se habían extendido por el resto de la isla, que, al parecer, habían invadido por completo. No nos quedó otra que acatar sus órdenes, ya que los que no lo hacían, o bien eran asesinados ahogándoles, ahorcándoles o disparándoles con una “ballesta”, y todo esto, delante de nosotros. Se puede decir que eran, en verdad terriblemente malos, pero nos habían enseñado muchas cosas, queriendo o sin querer, desde que llegaron.

Las tareas que nos obligaban a hacer iban, desde el mantenimiento del nuevo poblado que les habíamos ayudado a construir, llamado “La Navidad”, hace unos meses, el transporte de mercancías tirando de un carro, o bien trabajando en los yacimientos de su tan codiciada caona.

La situación era desesperante e injusta: a nosotros, que os hemos ayudado a construir un poblado, os hemos enseñado nuestra forma de vida, nuestras riquezas y tesoros y que os habíamos aceptado que os apropiarais de la isla tras haber venido aquí, y encima, ¿nos tratáis así? Eso no podía salir bien de ninguna manera.

Aquella situación era insostenible. El odio existente entre ambos pueblos rozaba los límites de lo establecido. Aquello no pudo hacer otra cosa que empeorar, y todo por la maldita codicia de aquellos extranjeros, que a veces, los había oído llamarse “españoles”.

Habían acabado con nuestra forma de vida solo para conseguir unos cuantos puñados de caona, y, si no hacíamos algo, estoy seguro de que acabarían exterminándonos.

Por suerte decidimos, entre todos, preparar un asalto a la que parecía su base, “La Navidad”, ya que, según nos habían contado nuestros compañeros informados, en unos días la mayoría de los españoles volverían a su país de origen para reabastecerse de herramientas y algunos materiales.

Unos días después, el barco zarpó hacia la lejanía del inmenso mar azul.

Esa misma noche nos propusimos asaltar “La Navidad” para demostrarles a esos “pieles blancas” de lo que éramos capaces.

Reunimos a todas las tribus de la isla comúnmente llamada como “Ayti”, tribus del norte, tribus del sur; del este y del oeste, todas ellas coincidían en una cosa: Hay que echar a los españoles de la isla.

Tal y como dijimos, lo hicimos. La vigilancia era “mínima” comparada con la que hubo en su tiempo. Seríamos como unos 60000 taínos dispuestos a recuperar nuestras costumbres y forma de vida, y nuestro único impedimento eran los otros 2000 guardias españoles que custodiaban y vigilaban “La Navidad”.

Esperamos a una señal de alguno de nuestros compañeros, que estaban en posiciones más avanzadas, y al oír la señal, nos abalanzamos sobre la entrada de “La Navidad”.

*Visto desde fuera, la incursión de los taínos hacia el asentamiento fundamental de los españoles en aquella isla, no fue demasiado sangriento. -Alguna que otra muerte necesaria. Si se enfrentan a nosotros, sufrirán las consecuencias-, decían los taínos victoriosos, que también habían tenido algunos pares de bajas en sus filas. -Fue vergonzoso cómo nos atacaron esos desagradecidos indios- replicaban posteriormente los españoles.*

*Los taínos sabían perfectamente que aquella situación no duraría mucho, puesto que otro barco, cargado de provisiones, colonos, y refuerzos militares españoles vendría de un momento a otro.*

*Los españoles tenían las de ganar, pero también sabían que los taínos no se rendirían fácilmente, e incluso algunos, lucharían hasta la muerte.*

*Posteriores a esta segunda “batalla”, que tampoco fue como tal, vinieron varios meses de tranquilidad para los indígenas taínos. A los españoles que quedaban en la isla, o a su gran mayoría, los hicieron prisioneros y quitaron sus armas para evitar posibles revueltas.*

*Pero, como muy bien los taínos sabían, esa paz estaba a punto de terminar.*

Tras varios meses de calma, donde vivimos a gusto, sin preocuparnos de las amenazas españolas, avistamos un barco en alta mar que se dirigía a toda velocidad hacia la destruida “La Navidad”.

-Ahora sí que empezarán los problemas- pensé.

Pero, a diferencia de la primera vez, los españoles no desembarcaron, simplemente se quedaron anclados en una posición lo suficientemente cercana a la costa para que nos controlaran desde el barco sin arriesgarse a que fuesen atacados.

Esa misma noche, unos cuantos vigías se quedaron para controlar al barco español y evitar que realizaran un ataque sorpresa.

-Seguro que hacen algo cuando caiga la noche- pensaba yo la mañana de la llegada del barco español a nuestra costa.

Y no me equivoqué.

El barco empezó a avanzar por la costa, según gritaban e iban informando los vigías.

Todos nos preparábamos para lo peor. Sabíamos que eran los momentos previos a otra batalla, pero que a diferencia de la anterior, la íbamos a perder. Simplemente no hacía falta ser muy listo para averiguar que, finalmente, íbamos a acabar sucumbiendo ante el poderío de la milicia española.

Y entonces, sucedió lo inevitable. Como si de la misma lluvia se tratase, una oleada de saetas se cernió sobre nosotros. Tan solo el ruido de las flechas al cortar el aire habría espantado incluso al más valiente de los guerreros. Pero... no, eso no podía ocurrir. Era nuestra tierra, nuestro lugar, nuestra vida. No podía desaparecer así como así, o por lo menos no en ese momento. Era todo lo que teníamos, donde se encontraban todas nuestras pertenencias, era como una parte de nosotros.

A pesar de que teníamos todas las de perder, nos aferramos a la esperanza y al deseo de continuar viviendo en nuestras tierras. Todos cogimos un arma e hicimos lo que pudimos cuando las tropas de asalto del ejército español llegaron a la orilla.

*Tras escasas horas de batallas con todas las tribus de la isla, los españoles tomaron el control de "La Española", que fue el nombre con que la rebautizaron. La población indígena fue diezmada por la guerra, y a los pocos que quedaban, los esclavizaron. Varios años después, la población taína fue diezmada debido a las enfermedades procedentes del Viejo Mundo que los españoles transportaron a la española, y debido a la sobreexplotación que los españoles ejercían sobre los indígenas. Tan solo unos 10 años después, los taínos habrían acabado por desaparecer.*